

Mahón 19 Enero 1906

EL PORVENIR DEL OBRERO

Antimilitarismo y Revolución

(Conclusión.)

Se apreciaría mal el antimilitarismo de los obreros franceses si en él se viese una simple explosión de rebeldía contra la contribución de sangre y si se atribuyese á los que se esfuerzan en propagar y organizar la negativa al servicio una simple mentalidad de refractarios.

Coloquemos este movimiento en el conjunto de las manifestaciones revolucionarias, interpretémosle bajo el punto de vista socialista y le veremos tomar toda su verdadera significación, toda su amplitud.

Entre ese obrero, demacrado y mal vestido, que sale de la fábrica para ir á su buhardilla de los arrabales, y ese patrono que un reluciente automóvil lleva hacia su lujoso hotel ¿qué hay de común en el seno de nuestra democracia? Nada, ó poco menos. Ni siquiera la ley igual para todos, porque esta famosa igualdad, de diez veces nueve, no encuentra su aplicación. Por el hecho de su desigualdad social, patrono y obrero, rico y pobre, frecuentemente no tienen que ver con las mismas leyes. Cada una de las dos clases tiene sus páginas en el Código, como tiene sus costumbres, sus alimentos, sus vestidos y hasta sus enfermedades propias.

Esto, todo el mundo comienza á admitirlo, y á decirlo. Pero casi todo el mundo continúa pensando que esos dos hombres, el patrono y el obrero, son á pesar de todo y deben continuar siendo estrechamente solidarios. ¿Por qué? Porque uno y otro son franceses, porque uno y otro están inscritos en los registros de una misma nación.

Hoy día en que la religión ya no existe como lazo social, en Francia sobre todo, el sentimiento nacional ha venido á ser el único lazo que todavía se puede invocar entre aquellos que las realidades cotidianas dividen en clases enemigas.

Era natural que los interesados—ayudados como siempre por los inconscientes—trabajasen para fortificar este lazo. Y no dejaron de hacerlo. El patriotismo, más exactamente, el nacionalismo—la palabra no suena tan bien, pero es más exacta—ha venido á ser para nuestra democracia una razón última, una verdadera religión, lo que no se toca ni se explica. A la menor alarma, todas las fuerzas democráticas, que es como decir, en último resultado, todas las fuerzas burguesas—porque no podría haber verdadera democracia socialista, dando á la palabra democracia su sentido histórico—todas las fuerzas burguesas digo, forman *bloc* sobre este punto.

¿No hemos visto en el asunto Hervé deshacerse de golpe la clasificación que se ha-

bía hecho de los partidos en el asunto Dreyfus? Los que durante el *affaire* habían combatido á los llamados nacionalistas porque el *verdadero nacionalismo* no estaba aun en peligro, porque se trataba de depurar el ejército en lugar de destruirlo ¿no son hoy feroces, auténticos nacionalistas? Sí, todos nacionalistas, he aquí lo que ha venido á demostrar la reciente agitación antimilitarista. Todos, desde el *petit-socialiste* Jaurés hasta el neo-monárquico Maurros, pasando por el liberal y radical Clemenceau!

Todos nacionalistas, en último resultado, porque todos más ó menos están satisfechos del orden actual, y los más revolucionarios desean apenas adornarlo con algunas reformas. Todos nacionalistas, porque todos quieren la paz social, y la paz social reposa hoy sobre el culto de la Nación, y no podría reposar sobre otra cosa.

**

Pero enfrente de los burgueses más ó menos demócratas, enfrente de los demócratas más ó menos socialistas, se levantan hoy, en Francia, en un campo claramente opuesto, al otro de un profundo abismo, verdaderos revolucionarios, socialistas y anarquistas obreros. ¿Y qué pretenden éstos? No ya reformas, sino una recomposición total, una refundición completa, con la organización igualitaria y libre del trabajo como base del orden nuevo.

El *trabajo soberano*, tal es la divisa que quieren substituir á la antigua divisa democrática: el *pueblo soberano*. Para ellos el pacto social no está denunciado á medias, sino por completo. Para ellos ya no hay lazo social. El lazo solamente ellos lo habrán restablecido con solidez cuando con sus esfuerzos hayan conquistado para el trabajo el primer lugar. Para ellos no hay otra revolución deseable que la revolución del trabajo.

¿Cómo pues han de suscribir ellos al culto de la diosa Nación, diosa cuya aureola ha sido hecha para ocultar al trabajador sus verdaderas necesidades, sus verdaderos intereses, sus verdaderos derechos? ¿Cómo han de tomar en serio ese lazo ficticio de ciudadano á ciudadano francés, ellos que comienzan á sentir con fuerza que los solos lazos que les unen son entre ellos y sus compañeros de trabajo?

No, ya hoy no podemos ser revolucionarios conscientes socialistas y anarquistas completos, si no somos al mismo tiempo internacionalistas, y ante todo—porque el internacionalismo no depende sólo de nosotros los franceses—antinacionalistas.

Digo con intención antinacionalistas mejor que antipatriotas, no porque tengamos miedo de esta última palabra, sino porque es inexacta, vaga, y se presta á confusiones

gracias á las cuales se pretende hundirnos bajo un ridículo que no nos corresponde.

Si se nos invita al simple amor al bello país de Francia ¿por qué, en efecto, habíamos de resistirnos? ¿Por qué no habíamos de amar, como los otros, todas las bellas y buenas cosas que significa la Francia? Bien que no podamos gozarlas demasiado, sin embargo podemos apreciarlas. El obrero francés puede amar y comprender; por ejemplo, el gusto y la elegancia de la industria francesa, así como el artista ama y comprende el modo francés de expresar las ideas y los sentimientos. Todos nosotros amamos y comprendemos las cualidades de nuestra raza, como amamos y comprendemos las bellezas y las ventajas de nuestro suelo. Más que todos, como revolucionarios, debemos apreciar todo lo que hay de lógica y de energía revolucionaria en los franceses.

Pero este patriotismo nada tiene de común con la integridad nacional. Ni una derrota, ni la pérdida de un departamento ó de una provincia no nos hará alemanes ni rusos. Por fuerte que sea, el ejército alemán no arrasará esas montañas, no desviará esos ríos, no rellenará esos valles, ni borrará tampoco esa herencia de que en definitiva provienen nuestro temperamento, nuestras cualidades y nuestros defectos.

Este patriotismo no está en litigio.

El que denunciamos, el que combatimos y queremos hacer olvidar á nuestros hermanos de trabajo, es el patriotismo nacionalista, el patriotismo que nuestro compañero Lagardelle llamó muy bien el otro día un patriotismo político, en una palabra, el que nos viene de la revolución burguesa y jacobina de 1789 y cuya divisa es aun: Todo por la nación y para la nación.

Nosotros tenemos efectivamente otra divisa: Todo por el trabajo y para el trabajo. Y esta fórmula debemos proclamarla y desarrollarla sin cesar. Debemos defenderla y fortificarla. Nada, para nosotros, debe prevalecer contra ella: ni siquiera la unidad de la nación francesa.

**

Lo más escogido de la clase obrera francesa ha comprendido esto hoy en día. Ante los gobernantes y los capitalistas aterrorizados, afirma tranquilamente su antinacionalismo. Y como es precisa una sanción á esta declaración de principios, afirma su antimilitarismo, un antimilitarismo cada vez más claro, cada vez más valiente, que procura organizarse, que quiere pasar al terreno de los hechos.

He aquí un acontecimiento capital en nuestra vida socialista. Importa comprenderlo bien, darse cuenta de que el antinacionalismo obrero francés ante todo es un progreso, un progreso enorme en la cons-

ciencia de clase, en esa consciencia de clase de que el personal socialista hasta hoy ha hablado tanto y ha respetado tan poco.

Ante este movimiento, tengamos una gran prudencia. Guardémonos sobre todo de desanimarlo, de hacerle perder la confianza en sí mismo. Todo lo que podríamos decir en su contra no serían sino hipótesis, interpretaciones atrevidas del porvenir, mientras que este movimiento es, digase lo que se diga, una gran realidad socialista, un verdadero triunfo del espíritu revolucionario.

CHARLES ALBERT

Todas las sociedades obreras deben secundar el acuerdo de los sindicatos franceses de establecer la jornada de ocho horas desde el 1.º de Mayo de 1906.

El Hambre y la Justicia

Existe un adagio ó cosa así —no sé si valenciano ó catalán, pero para el caso es lo mismo—, que dice, poco más ó menos: «El hombre hace muy mal juez con el estómago vacío.»

La cita del mentado adagio á primera vista parece que solamente se presta á la combinación de unas cuantas chirigotas, pero bien observado entraña una filosofía profunda, clara, en lo que respecta al funcionalismo del juicio de las cosas, en lo de ser juez para algún suceso, causa ó problema.

En otros términos, el citado adagio viene á confirmarnos aquello de que «el hambre es mala consejera», y por lo mismo, de los juicios, opiniones y consejos que el hombre deba emitir en circunstancias tan dolorosas, pensaremos que han sido influidos por la pasión movida por el acicate del dolor.

Y cuando el dolor es quien inspira nuestros actos, vamos á intentar una crítica para depurarlos buscando su razón de ser para condenarlos como funesta consecuencia en vez de dispensarlos preocupados sólo en atajar el origen ó causa á que obedecen. De ninguna manera hemos de preocuparnos en castigar al consecuente en vez de combatir el antecedente que fatalmente los engendrará.

Nuestro adagio, en cuestión, aplicado distintamente á todos los hombres, al ciudadano y al juez, nos da resultados completamente antitéticos, resultados diametralmente opuestos. Veámoslo:

Hemos convenido en que el hombre que juzga de las cosas bajo la brutal presión del hambre, ha de tornarse apasionado, vehementemente, parcial ó si queréis egoísta particularista. En cambio el juez, hombre destinado por razón profesional á la práctica de juzgar de las cosas y personas en litigio ó en situación penable, el no padecer hambre, el hallarse en situación hofgada, el encontrarse libre de necesidades perentorias, circunstancia que le permite mantenerse en una serena independencia de juicio siempre buena, generalmente bienhechora, es el que más abdica de la imparcialidad, es el que más se hurta á la razón, á la serenidad de juicio, y si no es apasionado como contraste al hambriento y en sentido inverso, se muestra frío, inflexible, legalmente rígido como un ser inanimado, ageno del todo al mundo que pisamos.

Es decir, que el hombre con el hambre en sus entrañas, juzga mal, y el juez con la satisfacción de sus necesidades orgánicas, juzga peor, ó mejor dicho, no juzga, ni se apasiona, aunque perjudica duramente al aplicar la ley del código penal, pero como que á esto llaman juzgar, y quien juzga es el juez, dejad que repita que el juez juzga mal, con la tripa llena, y, el hombre juzga mal, cuando siente el roer del hambre en las cavidades estomacales.

¿Qué me propongo con todo lo dicho? Una cosa bien sencilla: demostrar que la justicia sólo se hallará bien servida y altamente honrada, cuando el hambre desaparezca de la Humanidad ó cuando los jueces de derecho (uso aquí la palabra *derecho* en el sentido curialesco); ó cuando los jueces de derecho, repito, se vean acosados por la plaga que azota al desheredado, carne de estrado judicial y unidad predilecta de cárceles y presidios, cosa esta inverosímil, porque el juez es el preferido, junto con el militar y el cura, de la odiosa Burguesía, y así, por tan poderosa circunstancia, estamos condenados á no contemplar limpia y luciente la sagrada espada de la diosa Themis, hasta que nos cuidemos todos de rendirla culto universal en el ara santa de la justicia, entre las bienaventuranzas de la tierra...

LORENZO PAHISA

¿Qué decís ahora?

LA REVOLUCIÓN EN RUSIA

El corresponsal del «Morning Post», que ha conseguido llegar á Riga, dice que desde el tren se ve ya el cielo rojo, á consecuencia de las llamas.

Confirma las graves noticias ya telegrafadas.

Dice que la insurrección en los campos es formidable y que cuarenta grandes posesiones de nobles han sido destruidas.

El ganado ha sido degollado. Muchos «chateaux» han sido incendiados y sus dueños asesinados.—C.

(De un periódico burgués.)

¡Cuán hermosos y elocuentes párrafos! ¡Qué dicha tan intensa y qué gérmenes tan prolíficos y contagiantes infiltran por doquier!

¡Se ve ya el cielo rojo á consecuencia de las llamas! ¡Espléndido alborar!

¡Lo estáis viendo? El día de las reivindicaciones, de la justicia y de la felicidad para todos no se halla tan lejos como asegurabais. Ya aurea en Rusia, para tender sus vivificantes y manumisores rayos por el resto del mundo.

No es tan difícil como parecía que los desheredados se cansen de sufrir, de llorar, de pasar hambre y sed y miserias, de vestir pingajos, de morar en chamizos y de trabajar como máquinas en provecho esclusivo de sus embrutecedores, de sus tiranos y de sus explotadores. No es tan difícil, no. Todas las medidas se sacian, todos los temperamentos de paciencia se agotan.

No resultamos tan locos, tan ilusos, tan utopistas los que luchamos ufanamente por la llegada plena de ese día venturizador; de ese día rojo, que lo será para que cesen los combates fratricidas, para que no se vuelva á ensangrentar la tierra; de ese día en que se verterá sangre hasta donde sea preciso, pero por última vez, para no tornarse á derramar nunca. No, no; no somos lo que aseveran nuestros adversarios de buena y de mala fe. Ya vamos teniendo razón. Los hechos lo evidencian.

Y ahora, ante cosillas tales, relatadas por vuestra prensa, por la prensa rotativa, ¿qué decís? ¿Audaciareis aun pronunciar el vocablo utopía? ¿Qué nombres nos daréis vosotros curas, vosotros autoritarios, vosotros burgueses, vosotros militarotes, vosotros obreros sumisos y resignados que hacéis el caldo gordo á los que os explotan, nominando imposible la igualdad económica por nosotros patrocinada y buscada? Contestad, responded todos.

¿Veís como la propiedad, la *santa* propiedad privada no es inviolable—aunque haya leyes y ejércitos que la defiendan—cuanto que los trabajadores tienen conciencia de lo que son y de lo que deben ser y cuanto se saben rebelar?

Porque los revolucionarios rusos, dejándose de politiqueros y arremetiendo de plano á la cuestión económica—cuestión primordial de vida ó muerte—demuestran saber atacar á los males é injusticias sociales en su raíz más gruesa.

Porque la Revolución rusa ofrece hasta hoy todos los aspectos de la Revolución social—única verdadera—más bien que de una algarada política, de un motín dinástico, para cambiar de señor, para sustituir la corona por el gorro frigio, al czar por el presidente, dejando en pie todos los sustentáculos de esta sociedad puerca, desordenada é ignominiosa.

Y es de esperar y de apetecer que esa revolución magnífica y ejemplar siga el recto y buen camino iniciado, hasta llegar ó acercarse lo más posible al pináculo. Esto sucederá de cierto si los seguros, los buenos revolucionarios no dejan corroer y debilitar sus filas por los farsantes y ambiciosos que sólo quieren ocuparse del sufragio universal y demás falsas concesiones políticas, barnizadas de libertad.

BLÁZQUEZ DE PEDRO

Trabajando sólo ocho horas, el obrero podrá dedicar más tiempo á su instrucción y comprenderá así mejor sus derechos.

Los responsables

Desapruebo la teoría del robo; mejor dicho, no la comprendo. Me inquieta, porque presiento alejará de nosotros á los vacilantes, intimidará á los necios, azorará á los perezosos. Oigo, sin embargo, fermentar en ella el más doloroso problema que ha removido al mundo. Y mi pensamiento voltijea, mi juicio anda en la incertidumbre.

Alguien me ha dicho: «Vos, predicáis el robo en grande, motejándolo restitución; escupís sobre el robo individual, llamándolo crimen. ¿Por qué?»

—Sí. ¿Por qué?

Tengo mucho horror á las teorías y á los teóricos, á las doctrinas y á los doctrinarios, á los catecismos de escuela y gramáticas de secta, para dedicarme á la discusión del acto de un hombre al que el verdugo agarrota y sobre quien todos tienen derecho á la reprobación y al insulto. Todos menos nosotros!

Pasamos las horas, yo y los iguales á mí, gritando á los humildes —por convicción y por deber— son robados, explotados, asesinados lentamente, que son carne de máquina como sus hijas serán carne de placer y sus hijos blancos de cañón, picamos su cólera, exaltamos su inteligencia, encendemos sus almas, y á esos parias, á esos resignados, los transformamos en insurrectos en nombre de la Suprema Justicia y de la Equidad. Les decimos: «La revolución libertadora, la que os dará el pan cotidiano y el orgullo de ser libres, se acerca. Tened paciencia, mientras llega. Sufridlo todo, soportadlo todo, agrupad vuestras rencoras ó vuestras esperanzas, liad vuestras angustias, y con algunos años de dolor, ganad crédito para la social.»

Los tozudos, los perseverantes, comprenden, y apretando el cinturón sobre el vientre vacío, vuelven al trabajo social ensoñando las cosechas futuras. Pero ¿y los otros? Los impacientes, los exaltados, con hambres y odios imperiosos; los que tienen en sus zaquizamis demasiados hijos y bajo el cráneo excesivas pasiones; los cerebros refractarios á toda disciplina, ¿y no nos entienden tampoco! Los histéricos de la revuelta, los nerviosos del hambre, se emborriachan con vuestra virulencia como con un vino generoso, y estallan entonces los actos insensatos, los actos punibles.

La sociedad burguesa carga contra el sublevado, lo aprisiona, lo ajusticia y nuestra excomunión cae sobre él, ruda, implacable...

Pero no, ¡no!... ¡Nosotros, no!

En la caminata emprendida, tal vez el peligro menor sean esos compromisos que debemos aceptar con la frente alta, como bravos con honor de sobra para darlo en

préstamo á los desgraciados que nos comprendieron mal. ¿Queremos ejercer de educadores, de pastores populares? ¡pues vengan las reponsabilidades á nosotros y cedamos á los caídos todas las indulgencias!

Revisad la historia y en todas las gestas de los partidos hallaréis siempre «perturbadores», los ciegos puritanos que siembran exaltaciones; Babeuf, á quien la república guillotina; Proudhon, deshonrado por los republicanos; los insurrectos de Junio difamados por Pelletan; los del 71, calumniados por sus propios compañeros de armas. Y siempre ¡siempre! esa palabra «ladrón!» arrojada por un demócrata á otro. Ladrón Babeuf; ladrón Proudhon; ladronas las gentes de Junio; ladrones los comunistas; ladrón tal ó cual disidente; ladrón tal y tal adversario.

Si la acusación es falsa, defendamos al hombre; compadezcámosle, si es justa. En la humanidad no tenemos derecho á otra misión los socialistas: nosotros somos defensores, no fiscales.

He hablado de la leyenda socialista; escuchad la del cristianismo, su antecesor.

Un niño de Bethleem, debilucho de cuerpo pero gigante de inteligencia, habla, dulce, á unos proletarios de sus doloraciones. Y le siguen. Y cuando llegan á Palestina lo dejan todo para sufrirlo todo, apóstoles de los nuevos tiempos. Como nuestros vagabundos, ellos no tienen oficio, como nuestros pordioseros, hacen lecho de los campos; visitan las tumbas en manifestación como nosotros, y, semejante á los huelguistas, dan mítins en cualquier campo de Marte del camino. Son doce mañana serán mil, después...

Conforme avanza el grupo va engrosando. Todos los vagabundos, todas las pérdidas, todos los malandrines, siguen á este joven predicador de la Igualdad. Como precisa vivir, merodean, toman los frutos donde los hallan y los burgueses, aterrados, cierran las puertas ante este ejército del crimen que forma la ralea social. La provincia grita, el gobierno se inquieta y Jesús cae preso por excitación al pillaje y al odio de clases. Un tribunal juzga, de consuno, á Cristo y á un ladrón; el ladrón sale absuelto. Entonces es cuando Barrabás grita: «llevo á ese malhechor.»

Jesús agoniza entre carcajadas, gritos, gargajos y la alegría de los soldados borrachos. Entre dos ladrones muere, ¡al fin!, regada su agonía con las lágrimas de una vieja artesana que es su madre y una joven ramera que es su amada.

El malhechor resucita para reinar diecinueve siglos sobre el mundo.

El Cristo saca su fuerza de la ignominia del suplicio, de la baja condición del ajusticiado, de su contacto con los pobres, de su solidaridad con los culpables. Le juzgaron fariseos, amó fuertemente á su pueblo de ignorantes y criminales y siente dicha, muriendo culpable de todas las calumnias, como el último de todos los vagabundos.

¿Comprendéis, fariseos de la Social, el alto alcance de esta leyenda y el pensamiento de este pálido tribuno, clavado como el primer pasquín socialista en el árbol del Gólgota?

Sería muy cómodo no dar más que la vida por el Ideal, querer las muertes bellas, los suplicios gloriosos, el panteón de Milliere ó la barricada de Deléscluze. ¿La vida? bueno, la vida, pero no nos detengamos, ¡marchemos! Honor, reputación, prejuicios, escrúpulos, todo, todo por el pueblo. Vayamos con él á los muladares, sigamos á los vencidos á las gemonias (1).

¡Con los pobres siempre, á pesar de sus errores, á pesar de sus faltas, á pesar de sus crímenes!

SÉVERINE

(Del libro *Páginas Rojas*.)

(1) Lugar situado sobre el monte Auvelino, en la Roma antigua, donde se ajusticiaba á los criminales. (N. del T.)

Las ocho horas

En todos los países los trabajadores reclaman la jornada de ocho horas.

Y piden con razón, porque con ocho horas de trabajo se puede producir lo bastante para satisfacer las necesidades de todos.

Trabajar más de ocho diarias es arruinar la salud del trabajador, que además se ve mal alimentado, y viviendo en covachas insanas, de modo que no puede restaurar las fuerzas que pierde con el trabajo excesivo. Esto puede verse palpablemente en todas las poblaciones obreras donde se trabaja muchas horas: se ven grandes masas de hombres y mujeres, sin salud, sin fuerzas, demacrados, fáciles para adquirir todas las enfermedades, incapaces para engendrar hijos robustos, incapaces también para vivir ellos mismos con alegría y bienestar.

Si se redujesen las horas de trabajo mejoraría evidentemente la salud de los trabajadores en todas partes, porque tendrían espacio para reparar las fuerzas gastadas en el trabajo.

En cambio se dice que la producción disminuiría. Esto no es verdad, puesto que trabajando ocho horas con actividad se puede producir más que estando muchas horas sobre el trabajo, sobrecargados de fatiga, insatisfechos, aburridos.

Lo que puede suceder, en ciertas industrias, es que tenga que aumentarse el número de los trabajadores. Pero esto no es una dificultad, sino una ventaja bajo todos los puntos de vista. El mal de nuestro tiempo, precisamente, consiste en la sobra de brazos y en la falta de colocaciones; lo que produce el hambre en muchos hogares.

Así, pues, todo lo que tiende á aumentar el número de obreros colocados, es decir, á disminuir el de los sin trabajo, es ventajoso para la clase obrera y debe apoyarse con todas las fuerzas de que los trabajadores pueden disponer.

Los burgueses, por su parte, se niegan á conceder las mejoras que los obreros piden. ¿Por qué? Pues sencillamente porque no quieren que los trabajadores mejoren sus condiciones de vida. Les quieren sin fuerza, sin instrucción, sin salud, sin alegría. No hay otra razón, porque es una mentira el decir que con la jornada de ocho horas puedan perjudicarse las industrias. Esto podría ser si se reclamasen sólo en un taller ó en una región que tuviese que sufrir la competencia de los vecinos. Pero este no es el caso, pues la reclamación se hace ahora en todos los talleres y en todas las naciones al mismo tiempo.

El 1.º de Mayo del año actual se hará la manifestación más grande de unidad de miras y de intereses entre los trabajadores de todo el mundo. Al oponerse los burgueses hacen también una gran manifestación de intolerancia, de guerra social, de odio á los trabajadores, puesto que se trata de una reforma que á los trabajadores favorece mucho y á los burgueses no les perjudica.

¡Trabajadores de todos los países, uníos y solidarizaos como hermanos!

TANCREDO

1.º de Mayo de 1903.

Ocho horas de trabajo.

Un detalle

Al pedir limosna una pobre madre, en nombre de sus tiernos y numerosos hijos, he oído más de una vez contestarla:

—¿Por qué los hacías?

Esta frase impía, pronunciada en tono malhumorado por el rico cuya limosna se solicita, pinta por sí sola á nuestra actual sociedad.

A los que se encuentran cómodamente sentados en el banquete de la vida, les incomoda, no sólo las imprecaciones de los que pugnan por conquistar un sitio junto á ellos, sino hasta el débil lamento de los que, resignados con su suerte, se contentarían con las miserables migajas caídas de su mesa.

¿Quién le manda al menesteroso ir á interrumpir con su quejido la beatífica digestión del potentado?

Si no tiene qué comer, que se muera. Si no tenía la seguridad de poder subvenir á las necesidades de sus hijos, ¿por qué los hacía?

¡Aviados estarían los ricos si tuvieran que mantener á todos los miserables que á su alrededor pululan!

Y no les digáis que si ellos no trabajan, que si ellos viven en medio del lujo y rodeados de comodidades, lo deben á esos mismos miserables á quienes desprecian. Porque todo esto no es para ellos más que música celestial.

No les hagáis observar que aquella pobre madre, sacrificándose por sus hijos, les da un ejemplo que ellos deberían imitar, ellos que lo sacrifican todo al goce de un momento, olvidando después hasta el nombre de la madre de sus hijos, que no tiene otro medio que llevarlos á la inclusa ó hacerlos desaparecer de un modo criminal para ocultar eso que han dado en llamar su deshonra.

Pues que, si los obreros tienen la obligación de trabajar para que ellos, los poderosos, huelguen, gasten y triunfen, no es deber de las hijas de estos mismos obreros servir de pasto á sus lúbricos placeres?

Harto honradas deben considerarse éstas con que ellos, los potentados de este mundo, se figen momentáneamente en ellas y les hagan servir de instrumento á sus pasajeros caprichos.

La sociedad es una perra fecunda cuyo mayor número de cachorros debe ser arrojado al estercolero para que dos ó tres puedan chupar holgadamente la leche de las maternales ubres.

¿Con cuánto más motivo deben ser expulsados de esta sociedad los que han llegado tarde al banquete de la vida!

El obrero, en la inseguridad de poder disponer de los medios de alimentar á sus hijos, debe abstenerse de los goces de familia.

¿A qué permitirse el lujo de tener hijos, si un día ú otro tendrá que pedir limosna para mantenerlos?

El rico tiene razón: el que no los pueda mantener, que no los haga.

Mas ¡ay de este mismo rico, el día en que los trabajadores siguieran su consejo impío!

Biblioteca de «El Porvenir del Obrero»

- 1 La Ganancia—Consideraciones generales según el criterio libertario, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 2 El Patrimonio Universal—Conferencia sociológica, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 3 La Anarquía—por Eliseo Reclus; 15 céntimos.
- 4 La Mujer—Consideraciones generales sobre su estado ante las prerrogativas del hombre, por Teresa Claramunt; 15 cts.

Beneficencia de guardarropía

Hace pocos días se ha instituido en esta ciudad una junta de Protección á la Infancia, así como antes se encargaron unos cuantos señores de remediar eso de la *trata de blancas*; y, en efecto, ni aquellos señores hicieron nada, ni los de ahora harán gran cosa.

Porque todas esas instituciones tienen un vicio de origen. Toda la buena voluntad que podamos suponer en los iniciadores y en los que forman esas juntas, aunque supongamos, como suponemos, que les guía la mejor intención y que sienten verdadero entusiasmo por la realización de la benéfica idea, no puede conducir á resultados prácticos, porque no se deciden á atacar el mal en su raíz.

Los horrores de la prostitución y los males que sufren los niños tienen una sola causa. Esta causa es la miseria.

¿Están estos señores que organizan juntas dispuestos á destruir la miseria? ¿Están al menos decididos á combatirla por todos los medios?—Pues entonces, vénganse con nosotros y ayúdenos á destruir la organización actual de la sociedad. Porque mientras esta organización subsista, mientras se divide el mundo en ricos y pobres, en explotados y explotadores, habrá miseria, y hambre, y prostitución y sufrirán los niños y los ancianos y todos los hombres y mujeres que pertenezcan á la gran masa de los desheredados.

No hay remedio. La organización actual de la sociedad es la que engendra todos estos males. Hay que destruirla ó aceptar sus consecuencias.

Combatir los efectos con paliativos y no atacar la causa es un entretenimiento pueril, es una beneficencia de aparato, puramente teatral, que sirve tal vez para adormecer la conciencia, pero no constituye un remedio verdadero.

Con la jornada de ocho horas se acelerará el día de la revolución emancipadora.

Todos anarquistas

La ley es una cosa muy respetable. Faltar á la ley, burlarla, obrar por sí mismo sin atender á los preceptos de los códigos es abominable y los que tal hacen merecen todos los rigores. ¿No es así?

Entendámonos, es así cuando son los obreros los que no se sujetan á las leyes escritas por los explotadores de la sociedad actual. Pero cuando la ley por rara casualidad perjudica en algo á los que están acostumbrados á dominar, entonces no hay nada de lo dicho.

Véase lo que dice *El Grano de Arena*, bimensuario católico de esta ciudad, que pide grandes rigores cuando los obreros se declaran en huelga. Se refiere al aumento de algunos céntimos que se ha impuesto sobre «las mandas piadosas y los legados para el alma», y dice así:

«Por lo demás, el propósito de los tales quedará frustrado; una ley que ha tenido esas inspiraciones y que en sus orígenes va acompañada de determinadas estrategias, MERECE SER BURLADA, Y LO SERÁ DE SEGURO; de hoy más, apostamos con quien quiera á

que los legados por el alma, exaccionados con un 14 por ciento, no acrecen en un céntimo los ingresos del Tesoro. *Los católicos verán la manera de rechazar ese asalto á su conciencia y ese atentado á su libertad.*»

Esto es la rebelión declarada contra una ley que ha sido propuesta por el Gobierno, votada por las Cortes y sancionada por el Rey. Sin embargo, se rebelan contra ella los que predicán el respeto á la ley... para los demás. —Y todo ¿por qué? Pues porque puede perjudicar en algunos céntimos á los curas á quienes la misma ley permite realizar ese comercio sobre las almas y el purgatorio, que, si se tratase de otra cosa, es seguro que la ley no lo permitiría, como no permite el negocio de los curanderos, ni el de las viejas que echan las cartas.

Pero ese es el respeto á las leyes y á la justicia y á todas esas bellas palabras que usan los explotadores para engañar á los pueblos. Cuando la administración de la justicia está en sus manos y pueden usar de la ley para dañar á los otros, la justicia y la ley son muy respetables; pero cuando les perjudican á ellos, entonces la rebelión es legítima y puede predicarse desde la *cátedra del Espíritu Santo* y desde los periódicos *consagrados al Corazón de Jesús*.

A nosotros esto no nos escandaliza; lo sabíamos desde hace mucho tiempo. Lo que importa es que los trabajadores aprendan la lección y sepan que cuando la ley les perjudica, cuando no les permite ejercer sus legítimos derechos, y sobre todo el más legítimo de todos, el derecho á la vida, *la ley merece ser burlada*.

Esta es una verdad innegable, y así como ahora lo proclama un periódico católico, lo dicen también todos cuando les llega el turno, porque en el fondo nadie respeta la ley por el hecho de ser ley. Todos somos anarquistas, aunque algunos lo disimulan cuando les conviene.

ECOS Y COMENTARIOS

En Barcelona, á fines de mes ó principios del próximo, tendrá lugar la vista de una causa que se instruyó contra nuestro querido compañero Lorenzo Pahissa por supuestos escarnios á los dogmas de la religión católica en artículos publicados en *El Productor*.

El Fiscal pide tres años, 6 meses y 21 días de prisión, accesorias y costas y 500 pesetas de multa.

Todo esto en nombre de la ley. Sin duda ese señor Fiscal no sabe que la ley cuando causa perjuicio *merece ser burlada*, según la opinión de los periódicos católicos.

**

Editadas por algunas secciones de oficio de Barcelona y Sabadell se han publicado unas etiquetas engomadas para que puedan pegarse con facilidad, llevando inscripciones de propaganda para conquistar la jornada máxima de ocho horas en primero de Mayo próximo.

Hemos recibido una remesa de dichas etiquetas que serviremos á quienes las pidan, al precio de 1'50 pesetas el millar.

Los pedidos pueden dirigirse también á la Administración de *El Trabajo*, Estrella, 110. Sabadell.

**

La Unión Local de Sociedades Obreras de Barcelona ha emprendido una activa campaña á favor de la jornada de ocho horas en 1.º de Mayo próximo. Para dar más amplitud á sus trabajos ruega á todas las

sociedades obreras de España se sirvan darle sus respectivas direcciones.

Dirigirse á José Montfort, Sociedad de Albañiles, calle de Roca, 32, 1.º, Barcelona,

**

El Comité internacional de propaganda antimilitarista, constituido en Tanger, lleva propósito de publicar unas hojas para distribuir las en todos los pueblos de España aprovechando la fecha del primer domingo de Febrero, día en que se verifica el sorteo de quintos.

Dicho Comité pide que los grupos españoles que deseen secundarles en tal propósito envíen lo que acuerden antes del día 20 del presente mes á la siguiente dirección.

Miguel Barranco, Café de la Cuesta de la Plaza, para entregar á Ernesto Carreras, Tánger (Marruecos).

A esta misma dirección se ruega sean enviados cinco ejemplares de todos los periódicos que se publican en España.

**

Los compañeros que componen el grupo «Cosmopolita» de Sestao, desearían que todos los periódicos y revistas que se publican, tanto en España como en América, mandaran un ejemplar á nombre del compañero Francisco Peciña, Castaños, 8, 2.º. Sestao (Vizcaya).

PAPEL IMPRESO

El número 4 del *Boletín de la Escuela Moderna*, correspondiente al 31 de Diciembre, contiene el siguiente sumario:

Ética Religiosa, por Eliseo Reclus.—*La Paz Universal*, por Eliseo Reclus.—*El Martirio de una Profesora*, por M. Pradvine.—*El Derecho individual y la Sociedad*, por Pi y Margall.—*Por qué se duerme*, por Federico Valade.—*Ciencia viva y Sabiduría muerta*, por Schopenhauer.—*Proyectos de fiestas*, por Juan Ajalbert.—*Sobre la separación de la Iglesia y el Estado*, por F. Ferrer Guardia.—*Conferencias de la Escuela Moderna*.—*Folleto. Correspondencia, etc.*

Tan interesante publicación mensual, que cumple debidamente los lemas que ostenta, «Enseñanza científica», «Enseñanza racional», se sirve por suscripción á 2 pesetas en España, y á 2'50 pesetas en los países de la Unión Postal. Administración, Bailén, 56.—Barcelona.

El número 13 de *Buena Semilla*, correspondiente al 15 del actual, contiene el siguiente sumario:

Moralidad de la riqueza, por A. López Rodrigo.—*Esbozo de una moral sin obligación ni sanción*, por M. Guyau.—*Juan Gabriel Borkman* (drama), por Enrique Ibsen.—*Nietzsche*, por Luis Onteniente.—*La primera lección*, por F. Domínguez Pérez.—*Los dos polos sociales*, por Leopoldo Bonafulla.

Administración: Mariana de Pineda, 5, entresuelo, 2.º.—Barcelona-Gracia.

LA JORNADA DE OCHO HORAS

Folleto publicado por el periódico *El Trabajo*, de Sabadell.—5 céntimos ejemplar. Paquete de 100 ejemplares, 3'50 pesetas. Puede adquirirse en esta Administración.

CORRESPONDENCIA

Tánger.—M. B. Enviamos cinco ejemplares desde este número.

Barcelona.—E. A. Recibido 1 peseta por conducto de *El Productor*. Tienes abonado hasta el número 229.

Dowlais.—P. S. M. Por recibido lo que dices has enviado á *Tierra y Libertad*. Aumentamos el paquete.

Alcaracejos.—M. M. No sabemos nada de tu artículo.

Barcelona.—«Sociedad de Albañiles». Enviamos un ejemplar desde este número.

Bilbao.—M. L. Cambiamos dirección paquete desde este número.

Imp. de «El Porvenir del Obrero», Castillo, 170.